



Ignacio Sánchez-Cuenca, autor de 'La desfachatez intelectual'

“NUESTRO DEBATE PÚBLICO ES VISCERAL”

El que Félix de Azúa haya asegurado que Ada Colau “debería estar sirviendo en un puesto de pescado” viene a confirmar la conveniencia de la reciente publicación de *La desfachatez intelectual* (Catarata), del profesor de Ciencia Política en la Universidad Carlos III de Madrid Ignacio Sánchez-Cuenca. En él, con la libertad que le proporciona ser funcionario, desmonta los “tópicos construidos” por una parte de nuestros intelectuales y escritores. Cita nombres y apellidos. Pide que haya unos “filtros sociales” para el debate público. De su lectura se concluye que hay sobreabundancia de escritores en las páginas de Opinión. Se centra en aquellas figuras que a su juicio poseen un mayor capital simbólico o mayor prestigio cultural. En esta entrevista, destaca que “los tópicos más fuertes de nuestros intelectuales son sobre nacionalismo y crisis económica”.



ALEX PUYOL

Por Luis Marchal

Hay sobreabundancia de escritores en las páginas de Opinión? —Es difícil saberlo si uno sólo mira el caso español. Si echa la vista fuera, hay muchos más que en otros lugares. Por ejemplo, el contraste con los países anglosajones es muy fuerte. Invito a los lectores a que encuentren escritores con tanta frecuencia en *The New York Times*, en *The Washington Post* o en *The Guardian*. No los van a encontrar.

—¿La sobreabundancia también es de tonos viscerales?

—Eso es un defecto generalizado de nuestro debate público. No es exclusivo de los escritores o de los intelectuales. Lo que sucede es que cabría esperar que los intelectuales y los escritores utilizaran menos ese registro. Sin embargo, ceden y se dejan llevar por ese tono visceral. Eso es lo que resulta un poco penoso.

—Usted comenta en *La desfachatez intelectual* que deberían darse unos “filtros sociales”, unas reglas, por los que debe regirse el debate público. ¿Cuáles?

—Por un lado, filtros de los medios de comunicación, que tienen una responsabilidad enorme en esto. Deberían darse también filtros, que son más difíciles de consolidar, entre el público lector. El público lector debería ser más exigente. Si tuviéramos estas dos cosas, si los responsables de los medios de comunicación fueran más duros y el público lector más exigente; eso no sucedería.

—De los “tópicos construidos” por una parte de nuestros intelectuales que pretende desmontar en el libro, ¿cuáles son los más destacables?

—[Silencio para pensar] Quizá los tópicos más fuertes son sobre nacionalismo y crisis económica. El nacionalismo se presenta en términos completamente siniestros y como un rasgo de primitivismo tribal. A partir de ahí, ya no cabe ningún tipo de diálogo o de aproximación a cualquiera que defienda tesis nacionalistas. Eso pertenece a esa tradición muy nuestra de racionamiento excluyente. Tenemos que excluir del juego político a aquellos que defienden ciertas tesis que nosotros no compartimos. En el caso de la crisis económica, algunos escritores e intelectuales se han metido a opinar. Y para



hablar de las causas de la crisis económica hay que tener unos ciertos conocimientos, un cierto estudio de la cuestión. Dedico cierta atención en el libro a unas afirmaciones pintorescas de Antonio Muñoz Molina, en *Todo lo que era sólido*, como que la causa de la crisis económica en última instancia deriva del nacionalismo que hay en España, de las tensiones entre centro y periferia. Yo creo que esto no se puede tomar muy en serio. Lo someto a un análisis más detallado para mostrar al lector hasta dónde puede llegar la osadía en ciertas opiniones.

—¿Qué le diría a Muñoz Molina de la crisis económica?

—No quiero pontificar. Lo que sí le recomendaría, a él y a cualquier otro, es que, si vamos a hablar de crisis económica, que ha tenido lugar en España y en otros muchos países, no podemos pensar sólo en nuestro país. La crisis económica es una crisis internacional que ha afectado a casi todos los países desarrollados. Por tanto, centrarse en el caso español te puede llevar a tener una visión muy deformada de sus causas.

—¿El nacionalismo puede ser más consecuencia de la crisis que causa?

—Sí, en la medida en que con la crisis el Estado se debilita. Porque está en una situación más complicada, porque no puede hacer frente a sus deudas, no puede hacer frente a las necesidades de la población, etcétera. Se da un caldo de cultivo para que surjan grupos que cuestionen esa autoridad del Estado. Pero, eso es una derivada. A mí lo que me resulta increíble es que se pueda defender en un libro, y en artículos de opinión, no sólo Muñoz Molina, también Fernando Savater, que el nacionalismo está en la base de nuestra crisis económica. Esto me parece que no tiene razón de ser.

—Otro escritor que aparece en su libro es Mario Vargas Llosa. ¿El “contraste” entre su novela y sus artículos periodísticos sobre política no puede ser mayor?

—Algunos artículos de Vargas Llosa son preciosos, sobre todo cuando habla de personajes de la cultura, cuando habla de otras novelas. Pero, cuando comenta la actualidad política, se ve muchas veces que no está informado. Opina con mucha superficialidad. También con mucha osadía. Y con dogmatismo en muchas ocasiones. Con un panteón de figuras en el que están Margaret

Prepotencia y descalificaciones

Ignacio Sánchez-Cuenca no pone en duda el valor literario de los escritores que cita en ‘La desfachatez intelectual’. “Muchos de ellos merecen el prestigio que tienen. Una cosa que intenté cumplir en el libro es no entrar en ofensas personales. No tengo nada en contra de estos autores”, manifiesta. Habla de su “machismo discursivo”, que lo define “como este tono prepotente y cargado de razón que utilizan”. Es decir, “cualquiera que no cumpla con sus ideas, es automáticamente descalificado”. “Un intelectual que practica machismo discursivo es un intelectual prepotente, con opiniones demasiado tajantes”, asegura.

¿Los periodistas han renunciado a hacer el análisis político y por eso los novelistas han entrado en las columnas de Política? “Los periodistas, para opinar de ciertos asuntos políticos y económicos, son bastante mejores que los escritores. No sé por qué tienen tanta fascinación hacia el intelectual y el escritor clásico. Tienen un cierto complejo de inferioridad. Un periodista bien informado, que se empapa de un tema, que pregunta a unos y a otros, que lee, es capaz de ofrecer un producto mucho más elaborado y más interesante que el que pueda ofrecer un intelectual clásico”, defiende Sánchez-Cuenca.

Sostiene que una característica de muchos de los intelectuales y escritores que aparecen en su libro es una cierta frivolidad en sus actuaciones. Las tacha de personalistas, de muy protagonistas. “Si no encuentras ningún freno, la tendencia natural de todo ser humano es que tu ego vaya inflándose. Si no te frenan los lectores ni las editoriales, cuando te publican los libros, ni te frenan los directores de los periódicos, tu ego se va ensanchando porque tienes visibilidad mediática, tienes gente que te jalea y empiezas a considerar que eres un referente. España está llena de referentes. Tendríamos que tener menos referentes. Gente que estuviera más sometida a filtros, a contrapesos y que vieran que se les lleva la contraria y que no pasa nada por llevarles la contraria”, propone.

Thatcher, Ronald Reagan, José María Aznar, Esperanza Aguirre.

—Aguirre es la “Juana de Arco del liberalismo”, en palabras del propio Vargas Llosa.

—Ahí te preguntas cómo es posible que una persona del talento, de la inteligencia y de la sensibilidad de Vargas Llosa pueda llegar a escribir estas cosas. Vargas Llosa afirma que, si Aguirre hubiera gobernado España, no habríamos tenido la crisis que hemos sufrido. Esto es algo que alguien no se puede tomar en serio. Es una exageración tan ridícula que no se entiende que nadie le frene.

—Por otro lado, en varios artículos de opinión, Félix de Azúa, que recientemente ha entrado en polémica con Ada Colau, alcaldesa de Barcelona, se ha referido al expresidente José Luis Rodríguez Zapatero como “el peor dirigente que ha soportado España desde Fernando VII”. ¿Le han tachado a usted de *zapaterista* por escribir que “afirmar que Zapatero ha sido peor que Francisco Franco y Miguel Primo de Rivera, por limitarnos al siglo XX, suena más bien estrafalario”?

—Algunos lo dicen. El propio Jon Juaristi publicó una columna iracunda sobre mi libro en la que me llamaba “mamporrero del presidente Rodríguez”. Jamás he trabajado, ni colaborado, para ningún Gobierno. De Azúaha confirmado este tono tan exagerado, tan prepotente, estos días, al afirmar que Colau debería estar vendiendo pescado. Es una afirmación típicamente clasista y me imagino que también machista. No viene a cuento. Te lo esperas de un tertuliano de Intereconomía pero no de un académico de la Lengua y catedrático de Universidad. ¿Por qué tienen que degradar tanto el nivel de sus intervenciones? No lo sé.

—¿El problema de esta gente es que no analiza los datos suficientemente para dicho debate público?

—No es una cuestión sólo de datos. Es también de disciplina intelectual, de rigor en los argumentos. Los escritores tienen muchos talentos, son muy buenos en la denuncia, en el retrato, en la apelación a valores, pero no son buenos analizando causas, porque eso requiere un cierto entrenamiento intelectual y ellos no lo tienen. Lo podrían tener si quisieran, si hicieran el esfuerzo. El problema es cuando llegan a hacer afirmaciones cau-



ALEX PUYOL

sales y no has pasado por la fase previa de formación para ello. Entonces, es cuando te columpias.

—¿Como la de que “con Podemos podríamos acabar como Venezuela”? ¿Qué opina de esta afirmación?

—Es absurda. A mi juicio, no hay forma de defender esto. España lleva ya muchas décadas en una posición baja dentro de los países desarrollados. España es un caso de éxito, porque hace 50 años estaba mucho peor, y resulta impensable que por unas elecciones generales pudiera haber un nuevo Gobierno que nos hiciera descender hasta el abismo de Venezuela. Probablemente, antes de que eso llegara a suceder, habría un montón de resistencias, de bloqueos. España no va a caer en el corto ni en el medio plazo a los niveles de Venezuela. Tampoco vamos a ser en el corto y el medio plazo como Suecia o Dinamarca.

—Javier Cercas tituló un artículo así: “Sin el Rey no habría democracia”.

—Mirando el contenido del artículo, atribuía al Rey todo lo bueno que ha pasado en España y nada de lo malo. El Rey probablemente no es responsable ni de lo malo ni de lo bueno; porque reina, pero no gobierna. Cerraba su artículo haciendo unas adver-

“El público debería ser más exigente y los medios de comunicación, más duros”

“Cuando Vargas Llosa comenta la actualidad política, se ve que no está informado”

tencias de que, si volvemos a jugar con ciertos temas, pueden volver los fantasmas del pasado, en alusión a nuestra Guerra Civil y a nuestro período dictatorial. Ése es un tipo de invocación que se hace muy a menudo en España y que no tiene mucha base. Cualquiera que tenga un poco de base sobre la distribución a lo largo de la historia, en el tiempo y en el espacio, de las dictaduras y de las guerras civiles, sabe que en los países con la renta per cápita que tiene España, hoy día, es totalmente inverosímil que pueda haber una involución autoritaria o una guerra

civil. Eso no va a suceder. Por mucho que los catalanes se pongan muy cabezones y amenacen con romper la legalidad, por mucha protesta callejera que pueda haber; no va a haber una guerra civil ni vamos a volver a una dictadura. Por tanto, utilizar esos fantasmas para tratar de evitar cierto cuestionamiento de nuestro sistema institucional me parece que no es honesto.

—Hay quien dice que a Cataluña habría que mandar los tanques.

—Eso lo ha dicho Gustavo Bueno, otro intelectual que aparece de pasada en el libro. Bueno defendía las tesis más ortodoxas del materialismo dialéctico en los años 70, como si fuera un estalinista puro y hoy está en posiciones neofalangistas. En los dos casos, lo hace con la misma contundencia, con la misma falta de dudas, con esta certidumbre tan fuerte. No es lógico utilizar esos términos tan tajantes.

—¿Por qué es más frecuente un tránsito de la izquierda a la derecha?

—Eso no ha pasado sólo en España. Toda la generación que vivió el 68 y sus epígonos tuvo una fase juvenil muy radical y luego con los años se ha ido moderando, cuando no desplazándose hacia las posiciones contrarias que defendió en sus primeros años. En España, ese tránsito ha sido todavía más acusado y gregario que en otros lugares. Con gregario me refiero a que han ido todos a la vez. Lo que intento apuntar en el libro es que, al menos en el caso español, tiene mucho que ver el asunto de ETA y del nacionalismo en este abandono generalizado de las convicciones izquierdistas en tantos intelectuales. Más o menos lo que sucede, por decirlo esquemáticamente, es que ellos llegan al final de la época de Felipe González muy desengañados y en ese momento aparece el PP, que quiere deshacerse del estigma del franquismo, y encuentra en la causa antinacionalista la coartada perfecta para presentarse como un partido que promociona los valores democráticos y los derechos fundamentales de las personas. Hay muchos intelectuales que se dejan fascinar por esa operación de lavado de ideológico del PP y se dejan querer por la derecha política y mediática. Y se obsesionan con el nacionalismo, hasta el punto de que lo único que les saca de un cierto sopor intelectual es el Plan Ibarretxe o el proceso catalán. ●